

Carta de Bogotá

Ramón Cote Baraibar

El agitado panorama literario en Colombia del 2007 empezó en el último trimestre del 2006. Y todo por un libro que vaticinó lo que sería el año siguiente. Se trata de *El olvido que seremos* del escritor y periodista Héctor Abad Faciolince, publicado por Planeta, el cual se convirtió de manera inmediata en un fenómeno de ventas y en un fenómeno literario, toda vez que hasta el momento nadie se ha puesto de acuerdo en calificarla como una novela, un ensayo o unas memorias. No solo su contenido, el asesinato del padre del escritor a manos de fuerzas ultraderechistas, llamó la atención por su valentía, franqueza y realismo, sino también por el origen del título, el cual, según el autor, lo tomó de un soneto de Borges que su padre guardaba en un bolsillo el día de su muerte. El poema resultó apócrifo ya que lo había escrito el colombiano Harold Alvarado quien lo dio a conocer hace ya más de tres lustros como de la autoría del argentino. Como suele suceder en estos casos, y teniendo en cuenta lo fuerte de la temporada navideña, este libro se llevó por delante a la mayoría y opacó otros que tuvieron la mala suerte de salir al mismo tiempo. Es el caso de *Pasajera en tránsito* (Alfaguara) de Yolanda Reyes, extraordinaria novela de una mujer especializada en literatura infantil y juvenil. Esta, su «primera novela para adultos», transcurre en el Madrid de principios de los ochenta, donde una estudiante colombiana llega al Colegio Mayor argentino Nuestra Señora de Luján, y se ve envuelta en un apasionante triángulo histórico: la transición española, la guerra de las Malvinas y el Estatuto de seguridad decretado por el entonces presidente de Colombia Julio César Turbay.

Con este pistoletazo anticipado empezó el 2007 con la segunda versión del Hay Festival, el Congreso de la Lengua y la cele-

bración del 80 aniversario de García Márquez, y como si fuera poco este festín, con la iniciación de actividades de «Bogotá, capital mundial del libro». De esta manera llegó caliente la Feria del Libro, ocasión propicia para el primer desembarco de las grandes, y no tan grandes, editoriales. Alfaguara le apostó con firmeza a Juan Gabriel Vásquez con su *Historia secreta de Costaguana*, novela que ha confirmado la plenitud de este autor bogotano que se pasea indiferente por sus primeros treinta años; Planeta movió su artillería con dos pesos pesados: la nueva novela de Mario Mendoza, *Los hombres invisibles*, y la segunda de Mauricio Vargas, *La última vida del gato*, donde narra las peripecias de un periodista condenado a seguir escarbando, muy a su pesar, en el podrido submundo de la política colombiana. Intermedio Editores le apostó a Álvaro Miranda, un valioso autor que no ha tenido la suerte que se merece, con *Un cadáver para armar*, novela dedicada a seguirle los pasos al cuerpo descuartizado de San Juan de la Cruz.

Con estas novedades, y con la edición conmemorativa de *Cien años de Soledad*, la feria tuvo un éxito de público y de ventas, dato que de alguna manera ya venía garantizado. Por el lado de los jóvenes, Villegas editores presentó Calibre 39, una colección de relatos de autores que no han llegado todavía al cuarto piso. La poesía no podía estar por fuera de esta nómina: Círculo de Lectores/Galaxia Gutemberg presentó la edición colombiana de *Metamorfosis del jardín*, escrito por uno de los grandes poetas: Giovanni Quessep. A su vez, una editorial de reciente aparición, El taller Editores, lanzó dos antologías temáticas, realizadas ambas por Juan Manuel Roca: *Boca que busca la boca* (poesía erótica colombiana) y *La casa sin sosiego* (poesía y violencia).

En resumen, un primer trimestre demoledor en cuanto actividades, *starlets*, demasiadas para un país que no está acostumbrado a tener tantos autores importantes en tan poco tiempo, pero que agradece este aluvión como agua de mayo. Ya para acabar, y a modo de «continuará», Fernando Vallejo, recientemente renunció a la ciudadanía colombiana para obtener la mexicana. ¿Querían algo más los señores? ©